

sería muy difícil aceptar los métodos empleados por los países democráticos que han provocado un genocidio en Irak.

Convertido en animal rabioso el enemigo, es más desagradable un noble espectáculo taurino que una matanza humana. Las corrientes de opinión cumplen así una tarea legendaria que suaviza el malestar de las conciencias. En fin, desde la pura racionalidad neutra, sin un compromiso mayor que el de las exigencias morales del ciudadano, se entiende bien el estado de ánimo de Rafael Sánchez Ferlosio al escribir *Vendrán más años malos y nos harán mas ciegos* (1993): «¿Qué es esto? El hombre se azuza a sí mismo o se pone bozal, como si fuese su propio perro; se arrea a latigazos sobre sus propias nalgas o, embridado por propia mano y propia voluntad, refrena su carrera estirándose hacia atrás las comisuras de los labios, con el hierro del bocado, como si fuese su propio caballo; o, en fin, si hay que clavar un clavo, se empuña por los tobillos y golpea con la nuca la cabeza del clavo, como si fuese su propio martillo. ¡María santísima, qué barbaridad!». El proceso de animalización, propia y ajena, ha tenido sus utilidades en los tiempos modernos. En lo que va del siglo XXI, ya hemos visto torturar, ejecutar con tiros en la nuca, construir campos de concentración, elevar muros, secuestrar, bombardear escuelas, reventar estaciones de ferrocarril o aeropuertos, comprender la autoridad de censura e inquisición de diversos mandarines religiosos, y desencadenar un genocidio, y siempre se ha encontrado un motivo para decir que la tortura, los asesinatos, los campos, los muros, los secuestros, las matanzas infantiles y los genocidios se justificaban en nombre de la democracia. Los viejos revolucionarios son hoy mucho menos útiles, y mucho menos molestos en el mundo de la justicia que los ciudadanos demócratas que quieran vivir de acuerdo con las leyes y la razón de su cultura ilustrada.

Las cosas del pasado están muy presentes. La anestesia moral consiente el crimen, pero permite la vida en Oriente y en Occidente. La verdadera desesperación no sólo muerde en las ilusiones del filósofo ilustrado al leer o ver lo que ocurre en el mundo, sino sobre todo al asistir al espectáculo de lo que se cuenta. Sin anestesia moral sería muy difícil que los ciudadanos más sensatos, decentes padres y madres de familia, no se reunieran en la

asamblea o en los parlamentos y acudieran, armados de antorchas, a quemar las redacciones, los sótanos, las calculadoras, las banderas de la Historia contemporánea. La tecnología moderna ha actualizado el poder épico de la movilización, incorporando una nueva fuerza: la desmovilización. Ahora resulta más difícil que un inocente se atreva a afirmar en voz alta que el rey está desnudo. La naturaleza virtual extrema algunas estrategias de las sociedades sacralizadas, lo que suele ser rotundo, como hemos visto, a la hora de definir al otro. El poder divino que permite al Conde Roldán, a Walter de Hum y a Turpín de Reims enfrentarse a «mil sarracenos de a pie y cuarenta mil de a caballo», está hoy ocupado por una superioridad tecnológica desmesurada en el duelo del fuerte contra el débil. La misma tecnología ha conseguido desplazar el credo religioso, al sustituir ahora la realidad por la propaganda. Resulta imposible no confundir la realidad de la historia con la realidad de la propaganda. Hay medios de sobra para que tres guerreros se enfrenten a cuarenta mil de a caballo, y hay medios para que la escabechina sea justificada. Basta con separar al otro del amparo de la razón, basta con definirlo de acuerdo con una identidad bárbara, que suponga la proyección de nuestros propios miedos y nuestras barbaries. Basta con que la geografía del mal sea inutilizada. Nadie quiere pedirse responsabilidades de lo que ocurre al otro lado del muro que nosotros mismos construimos.

Asumir responsabilidades significa oponerse a los efectos del relativismo en todas las posibles alternativas facilitadas por la comodidad intelectual. El relativismo del que se avergüenza de sus valores, creyendo que no hay razones que defender, facilita que un obispo, un imán, un rey, un magnate, se atrevan a ejercer la censura. Pero las respuestas al relativismo no pueden convertirse en una defensa dogmática de la propia identidad cultural. Lo verdaderamente desolador del nazismo, como advirtió Adorno, fue que nació de nosotros mismos, en el interior más sublime y en la poesía de nuestra cultura, en el corazón de Alemania, de la música clásica y el Estado liberal, haciendo imposible desde entonces la comodidad de pensar que la barbarie siempre llega de fuera. La piel de la conciencia ilustrada está en carne viva, obligada a defenderse y a vigilarse a un mismo tiempo.

2. ... ni la otra

La literatura contemporánea no se ha contentado con caricaturizar al otro de modo despreciativo. Con frecuencia levanta imágenes idílicas de caras y tierras pedregosas. La caricatura animalizadora es inaceptable. Las sublimaciones también. Ni una cosa, ni la otra.

Debemos vigilar el asunto espinoso de las identidades cuando se habla de derechos. La lectura romántica de la Ilustración ha dado excesivas muestras de sus limitaciones como para que no asumamos la necesidad de darle la vuelta a las gafas y procurar una lectura ilustrada del Romanticismo, ascendiendo hasta el origen de una razón objetiva: unos ciudadanos que plantean sus derechos y sus obligaciones más allá de su identidad. La definición del otro debe ser neutra, tan fría como la ley. Si aspiramos a vivir en un mundo de seres respetados y respetables, debemos entrar en matices y superar no sólo el desprecio racista, sino también las ofertas demagógicas de la tolerancia y de la sublimación. No necesitamos el corazón empalagoso, simpático, liberal, tolerante que respete las debilidades de los otros. Son preferibles normas intolerantes que hagan imposible el desprecio de cualquier ser humano. El respeto habla del derecho bajo el que nos amparamos todos, mientras la tolerancia se dedica a perdonar la vida de los otros en la comprensión de sus miserias. Tampoco necesitamos los procesos de sublimación que embellecen la imagen del otro y la convierten en una metáfora de la perfección, de la libertad perseguida, de la verdad natural. El respeto y la fraternidad exigen un reconocimiento del conflicto, de los problemas, de las contradicciones, para decidir después los medios razonables de solución. En las definiciones reales del otro conviene aplicar poco la poesía, porque los buenos poemas tratan casi siempre de las cosas sin solución, y conviene encontrar soluciones posibles a una organización legítima de la convivencia.

Para entrar en matices, hay que advertir que la modernidad no encauza las definiciones del otro en los duelos de Dios y el Demonio, sino en las tensiones del contrato firmado entre el yo y la sociedad. Por supuesto hay obras literarias que hablan de tribus

diversas y personajes enemigos de la civilización. La caricatura funciona entonces sin piedad. Pero abundan los argumentos que afectan a miserias internas, y entonces hace falta algo más que la caricatura. Los libros tratan con frecuencia de amores perseguidos por una sociedad mezquina, de autoridades que no cumplen la ley, de ciudades habitadas por ratas y multitudes agresivas, y de domicilios solitarios o islas de aire limpio y viento libre. Las lecturas modernas del otro fuerzan así una interpretación muy matizada, y a varias bandas, de los procedimientos literarios. Las definiciones del otro pueden servir tanto para denunciar a la sociedad de manera contundente como para facilitar la comodidad de un yo embellecido en una sociedad poco aceptable. Es decir, la imagen del otro, ya se convierta en metáfora, ya sea caricaturizado, puede valer para afirmar el fracaso del contrato social o para encubrir las responsabilidades personales en el fracaso de dicho contrato.

Además conviene advertir que las estrategias de figuración de los otros no afectan sólo a la imagen del moro, el judío o el inmigrante. Están mucho más cerca, no se quedan en la plaza, conocen el sofá de nuestro salón y los rincones íntimos de la alcoba. Los soportes más frecuentes de la lírica amorosa, las figuras del amado o de la amada, son un territorio propicio para detectar los viajes de ida y vuelta entre un individuo y su otro. Sin términos medios, se apuran los recursos de la mentira, pintando al otro con la plenitud de los seres perfectos, o convirtiéndolo en enigma. Con la misma lógica, se intuye la muerte detrás de la belleza. Cuando encontramos nuestra perdición en la belleza de unos ojos fatales, reconocemos la imagen de nuestra propia muerte, ésa que nos estaba esperando desde el nacimiento, en el fondo de nuestro deseo. Las quejas o las dichas de amor interiorizan en el ámbito privado las venturas y desventuras de los ciudadanos en los espacios públicos. Las épocas de crisis dibujan en paralelo las catástrofes públicas y las tristezas privadas. No resulta extraño, porque el erotismo es un discurso cultural, una elaboración social del instinto. Aunque cueste entenderlo desde el paradigma romántico, sólo somos sociales de verdad en los sentimientos, hasta el punto de perder en ellos los matices de nuestra posible personalidad diferenciada. Todos reaccionamos de forma muy parecida a la de